Lestquin y las Palauras Prilogo para un eilus de ALGUNAS PALABRAS Manuel Guerrero

Recordaré durante mucho tiempo la sensación que me produjo la lectura de uno de los cuentos presentados al concurso que el diario El Fercurio, de Santiago, abrió en 193. Se titulaba El parto y estaba firmado por un seudónimo que no recuerdo. ¿De quién es este cuento?, me pregunté. Conocía en ese tiempo, o me preciaba de conocer, mucho más que hoy, a todos los cuentistas chilenos, entre los cuales no encontré, al repasarlos en la memoria, ninguno que pudiera escribirlo. Era, con toda seguridad, de un autor nuevo.

Y no sólo era nuevo el autor. Todo era nuevo y desconocido allí: el lenguaje, el paisaje y los personajes. No había en él reminiscencia alguna de ningún autor nacional o extranjero y, lo que para mí era más valioso, el autor, con una desenvoltura ma y natura lidad asombrosas, avantaba con seguros pasos mucho más alla de lo que, hasta ese instante, contro de Estudios de Literatura Chilena por el camino del conocimiento y descripción del espíritu del personaje literario, habían man avanzado los escripción del esta tierra.

Pensé que podría ser de algunos de esos eseritores que escriben indistintamente cuentos, poesías, ensayos u otros trabajos, pero tan a lo
lejos y en tan reducida proporción que con el tiempo no puede uno asegurar qué es lo que son: si cuentistas, poetas, ensayistas, historiadores, críticos de arte o meros antologistas, todo lo qual, por lo demás,
lo pueden ser, con un mismo y fino talento. Pero no era de ninguno de
ellos y hube de desechar, a veces por intuición, a veces por haberlo
averiguado, todos los nombres, masculinos o femeninos, que se me fueron
ocurriendo. Decididamente, el autor me era desconocido.

El cuento era, con mucho, el mejor del concurso, y merecía, sin discusión, el primer premio. Desgraciadamente se titulaba, como he dicho, El parto y una mujer paría en él, y paría no de un modo elegante y científico, con matrona y clínica moderna, cloroformo, hipofisina y ergoti-

na, sino de un modo salvaje, amarrada a un lazo, medio ebria y sin más ayuda que la que podía prestarle un humilde pescador del Itata. Un cuento así no se podía publicar en El Mercurio. Por otra parte, era imposible arreglarlo, pues no era cuestión de palabras más o palabras menos. El título podía cambiarse -- y se cambió después por Chana y lo desconocido --, pero el texto era inarreglable. (Además del parto sucedía allí algo que, como el parto mismo, no admitía compostura de ninguna especie.)

so de las advertencias del otro miembro del jurado -- Raúl Silva Castro -- y echando al demonio la tradición moral de aquel diario, hubieran dado el primer premio a El parto, habrían creado una situación desagradabilís ma para todos: para El Mercurio, que habría estado obligado a no publicarlo; para la sociedad de Escritores de Chile, que había patrocinado el concurso y conseguido, después de semanas de majadereo, que el diario lo financiara yabrecual no muniúm obligar a que hiciera lo que no querra hacer; finalmente, para el jurado, que con ese fallo se e inútil colocaría en una premeditada puntabam actitud de beligerancia.

Después de muchos dimes y diretes se acordó, por unanimidad, dar a ese cuento el segundo premio, reconociendo, para el capote del jurado, que merecía, indiscutiblemente, el primero. Junto con ello se acordó pedir al autor que no exigiera su publicación en el diario. (El autor accedió a ello. El cuento fué publicado después en el número 9 de la revista Sech, órgano, en ese tiempo, de la Sociedad de Escritores de Chile.) El primer premiò, con todos los honores, fué concedido a un cuento cuyo título y autor he olvidado.

Este acuerdo, mirado friamente, puede parecer un poco vergonzoso, y en realidad lo es. Jamás debería suceder nada semejante en los concursos y estoy convencido de cue, por lo menos en Chile, no ha sucedido

sino en esa ocasión. La única disculpa que ese acuerdo puede tener y tiene, es la que, por lo menos para mí, tenía cuando se tomó: la de evitar una situación desagradable a la Sociedad de Escritores de Chile, no porque su directorio fuera incapaz de afrontar esta o squella situación, sino porque, por desgracia, era el organizador del concurso y no podía darse de bofetadas, públicamente, con quien había accedido, con mucha gentileza, a financiarlo. (Esta historia podrá servir de advertencia a los escritores que andan soñando con concursos diarios, sin importarles quién los organice, quién los financie ni qué obligaciones tácitas o expresas contraen los que concurren a ellos o los que deben juzgarlos.)

Por mi parte, con absoluta honradez y casi golpeándome el pecho, conté y expliqué a Manuel Guerrero, cuando logré conocerlo, todo lo acontecido, y l'anuel Guerrero, con una generosidad casi compasiva, comprendió y aceptó todo. Nejor sería decir: perdonó todo.

Ahora, después decaigumosamues de todo aquello, Manuel Cuerrero da, como todos los escritores, el fatal e irremediable paso: publica su primer libro, pidiéndome para él algo que es también irremediable: un prólogo, en el cual he querido dejar memoria de esa instructiva y lementable historieta, con la esperanza, sin embargo, de que la lectura de estos cuentos la haga olvidar y con el deseo de que, por otro lado, los lectores encuentren en ellos las sensaciones que experimenté yo al lecro la hermosa y triste aventura de Chana.

Manuel Rojas

Diciembre, 1941.